

solidación y el predominio de Hollywood sobre las demás cinematografías, como consecuencia de los desastrosos efectos en Europa de la primera guerra mundial. A partir de esa fecha hubo mucho más películas norteamericanas que europeas en los cines de México, que claramente contribuyeron a formar el gusto de jóvenes como Bonnard, así como las cintas italianas, predominantes apenas unos años antes, lo habían hecho con el de Seijas y otros periodistas.

3) Por último, la filmografía que cierra el libro nos permite tener un primer mapa de lo que vieron los capitalinos en los tres años que siguieron al término de la Revolución. Hace unos meses apareció la *Cartelera cinematográfica* de Jorge Ayala Blanco y María Luisa Amador correspondiente al periodo 1920-1929, y por otra parte tenemos el libro *El arcón de las vistas* de Juan Felipe Leal, Carlos Barraza y Carlos Flores, que cubre el periodo de exhibiciones que va de 1896 a 1910. Por lo tanto la década que todavía no cuenta con una cartelera para la Ciudad de México es la de los años diez. El trabajo que se tomó Manuel González Casanova para identificar las películas que reseñaron Hipólito Seijas y Silvestre Bonnard entre 1917 y 1919, y para proporcionar la ficha técnica de cada una, es un primer e importante paso hacia la constitución de esta imprescindible cartelera, que ofrecerá, cuando esté terminada, una visión global de la exhibición cinematográfica en la época, que al contrastarse y complementarse con la crítica reunida de Seijas, Bonnard y otros periodistas, sin duda dará lugar a nuevos y estimulantes estudios sobre la historia de nuestra cultura cinematográfica.

Reinauguración: Alcázar del Castillo de Chapultepec

Con la presencia de Ernesto Zedillo Ponce de León, Presidente de México; Rafael Tovar y de Teresa, presidente del Conaculta; Teresa Franco, directora general del INAH y de Luciano Cedillo, director del Museo Nacional de Historia se reinauguró el Alcázar del Castillo de Chapultepec el día 2 de agosto del año en curso.

A continuación damos a conocer una breve historia de este lugar, así como el proceso de remodelación que tuvo lugar a lo largo de varios años.

El Castillo de Chapultepec resguarda entre sus paredes al Museo Nacional de Historia, parte fundamental de la memoria de la nación. Símbolo del paisaje de la Ciudad de México, el lugar donde se encuentra y el edificio mismo han sido, desde la época prehispánica, escenario de grandes acontecimientos históricos y culturales.

En el Cerro del Chapulín, Chapultepec, donde se encuentra el Museo, pobladores de la cultura teotihuacana sentaron sus reales; Moctezuma tuvo sus famosos baños y la alberca que aún se pueden visitar; también ahí se edificó el primer acueducto para dotar de agua a la gran Tenochtitlan, obra atribuida a Nezahualcóyotl. El edificio que conocemos como el Castillo de Chapultepec se comenzó a construir en 1784, y en 1841 se habilitó como sede del Colegio Militar y se construyó el Caballero Alto donde antes se hallaba la ermita de san Mi-

guel Arcángel. El Colegio fue escenario de la heroica defensa por parte de cadetes y soldados durante la intervención norteamericana, lo que dio lugar al famoso episodio de la historia nacional que protagonizaron los "Niños Héroe". Maximiliano de Habsburgo y su esposa Carlota decoraron el lugar durante su breve gobierno (1864-1867). En la planta alta construyeron un jardín de tipo europeo y habitaciones en lo que a partir de ese momento se conocerá como el Alcázar. De ese tiempo también es la rampa que conduce a la cima y la escalera conocida como "de la emperatriz" que facilita el acceso al Castillo. Parte del decorado, con su estilo afrancesado, se debió a los arreglos que Porfirio Díaz hizo a recámaras, salones y corredores, pues el Alcázar también fue la residencia presidencial hasta que el general Lázaro Cárdenas decretó, en 1939, que fuera la sede del Museo Nacional de Historia.

El patrimonio cultural que el Museo custodia desde su inauguración en 1944, lo mismo que el cerro y su entorno natural, son un legado que nos pertenece a todos: son memoria de las generaciones pasadas que debemos preservar para las generaciones futuras. Sin embargo, con el paso del tiempo el inmueble histórico había sido afectado por múltiples problemas, como la humedad, el debilitamiento de estructuras y muros, fauna parásita, la acción de los elementos y la

contaminación atmosférica. Aunado a lo anterior, el difícil acceso peatonal por el bosque, la ausencia de un cedulaario explicativo en el Alcázar y el deterioro de sus salas reducían su capacidad didáctica como museo y ponían en riesgo el patrimonio resguardado. Era de vital importancia modernizar todos los sistemas técnicos y restaurar aquello que el paso del tiempo había dañado.

Con el objetivo de preservar el patrimonio, y dentro de un marco interdisciplinario, se procedió a realizar un diagnóstico técnico y una investigación que sustentara los trabajos de reestructuración. En ésta se contemplaron las intervenciones arquitectónicas, la restauración del inmueble y de las colecciones, el salvamento arqueológico y la renovación museográfica. Un amplio equipo de especialistas trabajó durante cinco años para respaldar históricamente los proyectos técnicos que delinearían los trabajos en materia de arquitectura, arqueología, museografía, restauración y jardinería. Como base del proyecto se utilizó la abundante documentación histórica y las distintas soluciones y aportaciones realizadas en las etapas constructivas del espacio, con el fin de lograr que el conjunto tuviera unidad arquitectónica, cuidando siempre que el resultado fuera acorde a las fuentes documentales primarias y secundarias referentes al cerro, bosque, Castillo y construcciones aledañas a Chapultepec. En la recopilación de información se consultaron archivos en México y el extranjero, donde se estudiaron fuentes de todo tipo: códices, planos, litografías, fotografías, pinturas, filatelia y tarjetas postales, abarcando diversas temáticas. Al respecto, cabe mencionar que se realizaron más de 450 calas en diferentes partes del edificio, para dar cuenta de las técnicas constructivas, evolución arquitectónica y acabados, entre otros aspectos.

Se elaboró entonces un plan rector y se diseñó el Proyecto Integral de Restauración del Alcázar que guió la intervención del espacio desde sus múltiples aspectos: arquitectónico, arqueológico, histórico, museográfico y de conservación, cada uno regulado por un plan ejecutor el cual fue llevado a cabo por las instancias competentes del INAH.

El proyecto de restauración arquitectónica del Alcázar, elaborado por la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos, reunió a un conjunto de 28 arquitectos, quienes trabajaron durante 21 meses; para darse una idea de la magnitud del trabajo emprendido basta mencionar que se empleó a un promedio de 300 albañiles, canteros, pintores, electricistas y plomeros cada semana. Se eliminaron humedades y se restituyó la impermeabilización de cubiertas. En el jardín se construyeron parterres totalmente impermeabilizados, así como un sistema de canales centrales en el perímetro del Caballero Alto para captar, conducir y desalojar las aguas pluviales. La sala de carruajes fue reestructurada; se eliminó el sistema de entepiso que no respetaba los límites de seguridad. También se intervinieron los elementos de cantera que, por su alto grado de deterioro, tuvieron que ser restituidos. Para dar un mejor servicio a los usuarios del Museo y eliminar causas de riesgo y deterioro, se sustituyeron todos los sistemas eléctricos, hidrosanitarios y de seguridad y, tras un riguroso diagnóstico académico, se reestructuraron y corrigieron elementos que modificaban las proporciones y disposiciones originales de los espacios.

La restauración de lo que ahora se conoce como pasaje cultural del Cerro del Chapulín y el jardín histórico del Alcázar fue el producto de la colaboración entre la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos, el Museo Na-

cional de Historia y la Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Azcapotzalco. Mediante un plan maestro de restauración del paisaje cultural del Cerro del Chapulín y jardín histórico del Alcázar, en el que intervinieron arquitectos y biólogos, se estableció la tesis conceptual, científica y técnica para la restitución de los valores históricos y artísticos del entorno a la vez que se recuperó la arquitectura del paisaje y jardines y se estableció una relación coherente de la arquitectura con su entorno natural.

La Dirección de Salvamento Arqueológico emprendió la búsqueda y rescate de elementos prehispánicos, coloniales y del siglo XIX. Un equipo conformado por cinco arqueólogos y 24 profesionales de diferentes disciplinas como el dibujo, la excavación, la restauración y el registro por computadora emprendieron esta labor, en un proceso que implicó 72 excavaciones arqueológicas controladas, de las cuales 19 se hicieron en los alrededores del cerro. Se revisaron materiales que ocupaban el equivalente de casi dos albercas olímpicas, entre los que se obtuvieron cerca de 100 mil fragmentos de cerámica que corresponden a 192 tipos de cerámica prehispánica y 166 de cerámica colonial y moderna. También se hallaron piezas y fragmentos de instrumentos en piedra, de osamentas animales y humanas, y los vestigios arquitectónicos de las diferentes etapas de ocupación del cerro y del Castillo. Al respecto, vale la pena destacar las evidencias de la forma rectangular de la capilla de san Miguel Arcángel del siglo XVI. El inmueble dio testimonio de prácticamente todos los periodos de nuestra historia.

La Coordinación Nacional de Museos y Exposiciones tuvo a su cargo la recreación de las ambientaciones del Alcázar. Se acondicionaron espacios anteriormente cerrados para exhibir colecciones que

antes estaban en las bodegas. Con el objetivo de que al visitar los espacios se pueda recrear la historia, hubo que reproducir telas, alfombras y tapetes, el tapizado de muebles, la decoración de las habitaciones y emplear una amplia gama de elementos de la época. Para ello, trabajó un equipo de más de 30 personas compuesto por arquitectos, restauradores, diseñadores gráficos y personal especializado en diferentes aspectos del montaje museográfico, como serigrafía, carpintería, barniz y fotografía, entre otros. La reproducción de textiles y otros elementos, así como las necesidades de la ambientación museográfica, demandaron la contratación de más de medio centenar de empresas especializadas, las cuales emplearon en conjunto más de 230 personas.

Con este mismo fin, un equipo de la Coordinación Nacional de Restauración, formado por 26 especialistas profesionales y casi 90 ayudantes especiali-

zados, intervino las recámaras, salones y corredores, restaurando más de 4 000 bienes, algunos tan pequeños como los adornos de las paredes y otros de enormes dimensiones, como los carruajes que pertenecieron a Maximiliano de Habsburgo y Benito Juárez. En el proceso de restauración se trataron de manera específica materiales antiguos tan diversos como textiles, papel, recubrimientos arquitectónicos, joyería, muebles, pinturas en diferentes técnicas, cristalería y cerámica. El resultado de la labor de este gran equipo nos permite tener una visión mucho más amplia acerca de los usos que tuvieron los diferentes espacios del Castillo.

Concluida la rehabilitación del Alcázar, éste abre sus puertas como resultado de un gran esfuerzo en el que el gobierno federal, vía el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes por medio del Instituto Nacional de Antropología

e Historia (INAH), proporcionó los recursos económicos, técnicos y los conocimientos para devolver este preciado espacio a su uso como parte del Museo Nacional de Historia.

Además de restituir su esplendor y permitir que el Museo cumpla cabalmente con su cometido, la restauración del Alcázar invita a una amplia reflexión sobre nuestra responsabilidad en el cuidado del patrimonio de México, la cual debe de involucrar a toda la sociedad. Tal como los importantes hallazgos arqueológicos de este proyecto permiten comprender mejor la vida de los diferentes ocupantes del cerro y el Castillo de Chapultepec, debemos tener presente que el trato que demos a nuestro patrimonio formará en un futuro una evidencia histórica más, desde la cual las próximas generaciones podrán comprender no sólo nuestro más remoto pasado sino el mundo en que hoy vivimos.

